

morales que males físicos. Si no juzgas tú misma por la relación de una de nuestras salidas á casa de los enfermos; acompáñanos, pues, á Sor Victoria y á mí, y sigúenos paso á paso.

### CARTA X.

Querida Carolina, tu corazón se haría pedazos si te fuera preciso como á mí presenciar todos los días tantas miserias y sufrimientos como afligen á la pobre humanidad. Desde que hago la visita de los enfermos he visto á la pobreza bajo todos sus aspectos; unas veces repugnante, horrible é implia; otras resignada, adornada de todas las virtudes cristianas, y digna de ser ofrecida como modelo á los ricos que se quejan y se atreven á murmurar de la Providencia, cuando los priva de un superfluo que tantas veces emplean muy mal.

Oigo tantas quejas, veo correr tantas lágrimas, que ya no puedo pensar en otra cosa; y yo, que nunca habia deseado los dones que Dios me ha rehusado, me sorprende á cada instante ver el pesar que siento por no ser rica ni elocuente: sí, elocuente, Carolina, porque hay aquí abajo más miserias

morales que males físicos. Si no, juzga tú misma por la relación de una de nuestras salidas á casa de los enfermos; acompáñanos, pues, á Sor Victoria y á mí, y sigúenos paso á paso.

Llueve á torrentes; así, no tememos que la gente nos estorbe; esta es una ventaja que sabemos apreciar, porque nos permitirá emplear menor tiempo. Andamos largo rato y llegamos por fin al barrio más sucio, más pobre y más poblado de esta gran ciudad que se llama Burdeos. Entramos en un callejon tan estrecho que no puede pasar coche por él; y enlodadas y empapadas entramos á una casa tan negra como vieja; tomamos algun aliento ántes de subir lo que llaman escalera, que nos es preciso pasar casi á tientas por su mucha oscuridad para llegar hasta el sexto piso, un poco cansadas. Como habrás ya adivinado, estamos en el cuarto que sirve de granero, y si no lo hubiera visto yo misma, jamás habria creído que pudiera allí vivir algun ser humano; no pude ménos que llorar cuando lo descubrí en un rincon de aquella covacha; era una pobre anciana acostada en una poca de paja, en donde la infeliz temblaba de frío por no tener con que cubrirse. Nos enterneció mucho su situación, la compadecimos, y supimos de su boca que sus hijos la habian abandonado;

¡qué ingratitud! porque decían que era muy impertinente, y que apenas podían ganar el sustento de su propia familia. La desgraciada anciana acompañaba tan tristes informes con mil maldiciones contra los que le debían la vida; su hijo se apellida Bastier, vive en la misma calle, y es cargador de la aduana. La consolamos lo mejor que pudimos, le dimos algunos socorros, y le ofrecimos arreglar su entrada al hospicio, proponiéndonos, además, ver ántes á su hijo, á quien procuraremos traer á mejores sentimientos para con su madre, quien desgraciadamente tiene muy poca fe y no teme blasfemar de la Providencia.

Durante dos horas, estuvimos recorriendo casi todo el barrio, vimos muchos infortunios. En una casa, una jóven, único apoyo de su madre enferma, que se muere de tisis. Piadosa y resignada, no siente dejar la vida más que por su amada madre que queda abandonada; nos la recomienda, y habiéndole ofrecido que nosotros cuidaremos de ella, exclama: «Entónces, sí, ya puedo morir en paz.» En otra parte al contrario; es una madre, que va á dejar huérfanos á sus hijos, y que nos suplica con lágrimas que nosotras seamos sus madres adoptivas.

Más léjos, un anciano rodeado de su familia des-

hecha en llanto, va á terminar una larga y honrosa carrera, irreprochable segun el mundo; afecta una gran tranquilidad de alma que impone respeto á cuantos lo rodean; así, aunque hace treinta años que se ha alejado de los sacramentos, nadie se atreve á hablarle de reconciliarse con Dios. Al vernos, se turba, porque sabe que venimos á recordarle que tiene que presentarse muy pronto ante un Juez, cuyas leyes divinas ha traspasado y visto con el mayor desprecio. Comienza por rechazar con cólera los consejos de Sor Victoria, que le insta á que ponga orden en los negocios de su conciencia; pero poco á poco se calma, la escucha con interés y acaba por pedirle que le envíe un sacerdote, quien no se hace esperar mucho, sino que llega muy á tiempo para oír la confesion de ese pecador arrepentido, convertido milagrosamente en su última hora; lo absuelve, y pocos minutos despues de salido el sacerdote, exclama lleno de alegría ese buen anciano: «Hijos míos, bendecid conmigo al Señor, que á pesar de ser tan gran pecador se ha dignado en su bondad, hacerme misericordia! Oh! servidle desde ahora, amadlo con todo vuestro corazón, es el último favor que os pido.» Y espira repitiendo: ¡Señor! Señor! ten piedad de mí!

20 Nunca acabaria, querida Carolina, si quisiera contarte todo el bien que Dios hace, por medio de Sor Victoria, humilde y pobre hija de la caridad, que el mundo tal vez desprecia, pero que los ángeles deben envidiar su bienhechora y admirable mision.

21 No teniendo ya tiempo de que disponer no pudimos ir hoy mismo como nos habiamos propuesto, á visitar al hijo de la anciana Bastien, y nos conformamos con enviarle á la pobre, un colchon y una frazada. Mañana será lo primero que hagamos, y si él rehusa como creo recoger á su anciana madre, nosotras harémos llevar á la infeliz al hospital donde estará mucho mejor.

22 Adios, la campana me llama á distribucion, pero mañana continuaré, y no concluiré esta carta hasta que se acabe el papel.

23 El hombre propone y Dios dispone, querida Carolina, por eso se me han pasado cuatro largos dias sin que me haya sido posible disponer de un ratito para platicarte; sin embargo, consuélate porque esta segunda parte de mi carta será en compensacion mucho más larga que la primera.

24 No habrás olvidado que teniamos pendiente ir

á buscar al hijo de la anciana Bastien; lo hicimos en efecto yendo á la habitacion que nos habia dicho su madre. Estuvimos tocando una puerta más de cinco minutos, sin que nadie nos contestara, y sin oir dentro el más ligero ruido, hasta que una vecina nos oyó y fué á decirnos:

— Hermanas, creo que se han equivocado, porque no vive nadie en ese cuarto.

— ¿Cómo nadie? dijo Sor Victoria, aqui vive una familia que se apellida Bastien.

— Sí, hermana, ha vivido; pero desde que se fué la vieja, á quien echaron con indignidad, eran tan mal vistos por toda la vecindad, que una noche tuvieron á bien largarse á la francesa sin decir ni adónde. Es verdad que no hay que extrañarlos de esas gentes que dejan morir de hambre á su madre: que tambien era la dicha vieja muy impertinente, y fastidiosa, no lo niego: con todo eso, no era razon, ¿no es verdad, hermana? para ponerla en medio de la calle. Si siquiera les ocurriera hacer eso conmigo á mis hijos, no me habia yo de quedar tan pareja; para eso son los tribunales y la justicia, para hacer valer los derechos de los padres abandonados, y

Todavía estaria hablando ahora aquella mujer, si no la hubiéramos interrumpido, para pregun-

tarle cómo podríamos saber del paradero del hijo de la Bastien.

«Nosotras no lo sabemos, ni nos hemos tomado el trabajo de indagarlo. Nos hemos creído muy dichosas con vernos libres de esas gentes sin Dios ni ley. Eran unos pésimos vecinos. Además, sus muchachos son muy malcriados. Chillaban todo el día, y si así siguen, que tenga buen cuidado Bastien, porque tal vez le harán á él lo que él ha hecho con su madre.»

No pudiendo aclarar nada respecto de Bastien, nos fuimos algo molestadas, y despues de otras indagaciones infructuosas en las casas cercanas, nos fué preciso renunciar á hallar su nueva habitacion. Dimos, en consecuencia, los pasos necesarios para hacer entrar á la madre al hospital.

Allí se encuentra desde hace dos dias, la hemos recomendado mucho á las hermanas; pero, ay! la pobre no quiere que le hablen de Dios; y siempre que intentan hacerlo, recordándole sus deberes de cristiana, les responde que nada de eso les toca á ellas, que se ocupen de curarla y de atenderla, y en todo lo demás la dejen en paz. Es tal la ignorancia de esa infeliz mujer en punto á religion, que cree que las hermanas se burlan de ella cuando le dicen que hay una alma, que es necesario

salvar si no quiere uno ser desgraciado eternamente. «Vaya con esas cosas, le dijo esta mañana delante de mí á una hermana que la exhortaba, cuénteselo vd. á otros; lo que es á mí, no me ha de hacer creer que los que se mueren vengán á decir cómo les ha ido por allá. . . .»

No es, pues, de admirar que su hijo, educado en esa escuela, la haya echado de su casa. No; es muy justo que recoja lo que sembró. ¡Ay Carolinal! ¿conoces tú cosa más triste que el repugnante espectáculo de la más profunda miseria, unida con la más descarada impiedad? Sufrir aquí abajo y no esperar nada más allá del sepulcro, no es el colmo de la desgracia? ¿No es un infierno anticipado?

Saliamos del hospital Sor Victoria y yo, llorando juntas el endurecimiento de la pobre Bastien, cuando nos alcanzó su antigua vecina, y sin poderlo evitar, nos tuvimos que resignar á oír un diluvio de palabras inútiles, de entre las que sacamos que por fin habia descubierto ella el lugar en que vivía Bastien; nos dió las señas, le hicimos presente nuestro agradecimiento, y nos separamos lo más pronto posible, dejándola todavía con la palabra en la boca, pues sabes que es sumamente habladora. ¡Dios te libre, Carolina, de semejantes gentes!

○ Más dichosas esta vez que la primera, no tarda-

mos en encontrar la casa del hijo de Bastien. El mismo fué el que salió á abrirnos: sin duda comprendió el objeto de nuestra visita, porque frunció las cejas y nos preguntó de un modo áspero lo que queríamos.

«Darle á vd. una noticia que le interesa y le dará mucho placer,» respondió Sor Victoria.

El dicho hombre no contestó nada, sino que se hizo á un lado para dejarnos pasar, y entramos á aquel nido de aviones. En verdad que no puedo darle otro nombre á aquella buhardilla, tan sucia y tan revuelta, imágen completa del caos; pues animales, gentes, muebles, utensilios de diversas cosas, vestidos, etc., estaban mezclados de tal suerte, que costaba trabajo distinguirlos. Sin embargo, gracias al mucho cuidado que pusimos, llegamos, sin romper nada, á la segunda pieza, en cuyo fondo vimos por fin á la reina y señora de aquella morada, á la esposa de Bastien y nuera, por consiguiente, de la infeliz anciana. Todavía más grosera que su marido, se quedó sentada, postura cómoda que no nos fué posible tomar á nosotras por no haber por allí sillas desocupadas; pero Sor Victoria, sin hacer caso de eso, se apresuró á tomar la palabra, y agotó su elocuencia para llegar á decirles que su madre habia entrado al hospital.

«Tanto mejor,» le fué respondido secamente. Esa respuesta era, ciertamente, poco á propósito; pero mi compañera, que queria llegar á su objeto, la echó á buena parte y trató de persuadirles que era bueno que la fueran á ver, que ella tendria mucho gusto en eso; y por fin les declaró que era su deber, ya que no querian recogerla, pedirle por lo ménos dispensa por lo que habia pasado. Se iba encendiendo su celo, cuando fué bruscamente interrumpida por la mujer, quien exclamó: «¡Qué! ¿Que nos vengan á regañar aquí? ¡Vaya una ocurrencia! La vieja nos fastidiaba bien; tomó el partido de irse, y ahora habiamos de ir á pedirle *perdon?*»

Como vió que Sor Victoria iba á contestar, lo impidió agregando: «Vd. dice que está ella en el hospital, ¿no es esto? Pues bien, que allí se esté y nos deje en paz: no queremos ya oír hablar ni una palabra acerca de ella.»

No intento yo, replicó con dulzura mi compañera, que vdes. la recojan á fuerza; solamente queria indicarles que á mi parecer era bueno calmar, con un paso tan fácil, el ánimo resentido de aquella señora. Además, seria esto un buen ejemplo que darian vdes. á sus hijos, quienes Dios no permita que los traten como vdes. han hecho con su madre. . . .

«Cortándole la palabra dijo Bastián, abriéndonos la puerta: «Basta ya de sermones: hermanas, ocúpense vdes. en sus cosas y no les den cuidado las nuestras. . . .»

«Bien dicho,» dijo la mujer saliendo á la otra pieza por los gritos de los muchachos, que se estaban peleando; «que se vayan y no vuelvan á cansarnos.»

Nos miramos una á otra, y sin decir palabra nos disponíamos á salir, cuando en la anterior pieza nos esperaba una escena digna de todo lo que acabábamos de ver y oír. El hijo mayor, de cosa de ocho ó diez años, habia echado á la calle á sus hermanos, y se empeñaba en no dejarlos entrar, deteniendo la puerta con la espalda, mientras que con puñetes y puntapiés, trataba de rechazar á su madre que queria quitarlo á tirones. El muchacho era robusto y no se dejaba, prodigando á su madre los más repugnantes epítetos, que me es imposible trascribir. ¡Bonito niño! promete, como ves, seguir las huellas de sus padres. Salimos por fin, como pudimos, y nos alejamos, como puedes figurarte, con más lástima que disgusto, al ver que en esa desgraciada familia se perpetúan, de raza en raza, los frutos de la mala educacion.

Quando estuvimos ya á alguna distancia, Sor

Victoria me dijo: «Voy, en compensacion, á llevar á vd. á casa de unas buenas gentes á quienes creo que tendrá vd. mucho gusto en conocer: el interior de esa familia le presentará un cuadro que la consolará de lo que acaba de ver. Todo respira allí orden y limpieza; ese lujo del pobre: la paz, la armonía, el cariño reinan allí, alimentados por una piedad sencilla é ilustrada.»

Tenia mucha razon: apenas entramos se me presentó á la vista un espectáculo muy distinto.

Cerca de la ventana estaba sentada una anciana, cuyo rostro, aunque surcado de arrugas, estaba animado de alegría y contento. Arrullaba en sus brazos á un hermoso niño de cinco ó seis meses, y para dormirlo cantaba, con una voz vacilante, una antigua letrilla. A su lado una muchachita, de ocho ó nueve años, tejia para su padre unas medias casi tan grandes como ella. Más léjos, dos chicos, rubios y colorados, estudiaban una leccion del catecismo: tenian las narices sobre el libro, pero espiaban continuamente un apetitoso guisado de ternera y coles que su hermana mayor estaba preparando para ponerlo en la mesa á la hora de la comida de la familia.

Esa jovencita reía á escondidas, de la actitud de sus dos hermanos, y decia á su abuelita: ¿No es

verdad, mamá grande, que los niños flojos no comen en la mesa?... Iba á contestar la anciana en el sentido deseado, cuando nos vió y nos saludó con una exclamacion de gozo.

Brígida, que era la mayor, Luisa su hermana menor, y aun los dos pobres muchachos acusados, rodearon á Sor Victoria con mil demostraciones de afecto, nos acercaron á cual más pronto sillas cerca de su abuela que repetía: «Dispénseme vdes. si no me pongo en pié; no es culpa mia esa falta de urbanidad, sino de mis piernas que ya se rehusan al servicio. Tambien hace tanto tiempo que las pobres me sirven, que al fin se cansan; pero gracias á Dios, que mis brazos son algo más complacientes, con lo que todavía les puedo ser útil á mis hijos en alguna cosa; pues mientras que mi hija y su marido se van á su trabajo, para traernos de comer á todos nosotros, yo cuido de estos traviesos.

¿Y qué tal se conducen todos estos niños? le preguntó mi compañera.

Esta, respondió la anciana poniendo la mano sobre la cabeza de la que tejía, que tenia un aire muy vivo, es tan buena, que ya le hemos prometido hacer por que entre en la escuela el próximo invierno; y es menester que se siga portando bien,

si quiere hacer su primera comunión de aquí á dos años; pues toda preparacion es poca, para una accion tan grande. En cuanto á mi Brígida, añadió mirando á la jóven que preparaba la comida, debo hacerle justicia, es tan juiciosa como una mujer hecha y derecha. Sí, aunque todavía no cumple quince años, reemplaza ya muy bien á su madre en todos los cuidados de la casa; cuida de todo, atiende á todo; en suma, es una buena niña que espero que Dios ha de bendecir. Ay, hermana! todo lo debe ella á las lecciones de vd.; ántes de ir á la escuela con vdes. era un demonio; ¿ya vd. se acuerda, no hermana?

Ay, mamacita! replicó Brígida, no es bueno recordar pecados viejos, olvidados y perdonados; ¿no le parece á vd., hermana?

Sí, sí, dijo Sor Victoria, abrazándola, y en prueba de eso, mira, querida Brígida, este librito que te traigo; esta estampa es para Luisa; Juan y Pablo se quedarán sin los dulces que tengo en la bolsa, porque no son para los niños que no quieren hacer nada.

Los sollozos y lágrimas que estallaron á tan cruel amenaza, nos probó que habia sido muy oportuna, y para colmo de desgracia, la abuelita exclamó:

«Muy bien hecho, muy bien hecho; hace una hora que les estoy diciendo que Dios los ha de castigar por su pereza, y no querían creerme; espero que así otra vez se acordarán de que Dios oye las amenazas de los padres, y que se encarga de castigar á los niños malmandados y flojos. ¿No es una vergüenza ver á esos dos muchachos, ya de cinco y seis años, que quieren pasar todo su tiempo en jugar, y no aprenden el catecismo? Será necesario darles de comer sin que hagan nada hasta los 20 años.....»

Perdónenos vd., mamá grande, perdónenos vd., exclamaron á un tiempo los dos culpables; ya no lo volveremos á hacer; vamos..... á estudiar..... sino que está muy difícil nuestra lección!....

Como vdes. quieran, les dijo con un tono severo la anciana; pero les ofrezco, que si ántes de comer no saben bien su lección, no les daré de comer más que pan á secas; si quieren que los perdone, reparen su falta.

No aguardaron á que se los dijeran dos veces; encarnados de vergüenza se retiraron á un rincón, y á poco rato, como 10 minutos, fueron á ver á su hermana mayor para que se las tomara. Usó de alguna indulgencia con ellos, y dijo que ya se la sabían, con lo que se acercaron muy alegres á

su abuela, quien les dió un beso en la frente en señal de perdon, pero no consintió de ningun modo en que Sar Victoria les diese sus pastillas.

Al pararnos para salir, entró Ricardo el yerno de aquella respetable mujer, y todos sus hijos fueron á abrazarlo y á hacerle mil cariños, que no cesaron sino para hacerlas á su madre que seguía de cerca á su marido. ¡Oh! ese cuadro era digno del pincel de Greuze! Esa familia es dichosa, porque cada uno de sus miembros es útil para los demás; por otra parte, el amor de Dios es el móvil de todas sus acciones. Aunque Ricardo y su mujer son pobres, están contentos con su suerte, no ambicionan más de lo necesario; la ternura de sus hijos y la de su anciana madre, que rodean de cuidados y respeto, bastan para satisfacer todos sus deseos.

Hé aquí una nueva prueba de que la felicidad no consiste en las riquezas, sino en el cumplimiento de nuestros deberes para con Dios, nuestra familia, y la sociedad.

Adios: esta carta ha salido tan larga, que temo la califiques mal; por esto es menester terminarla pronto, repitiéndome como siempre tu mejor amiga.

SOR TERESA.

P. D.

Acabo de recibir tu carta en que me pides que entregue yo misma á tu prima la Sra. Marval, la esuela que me incluyes: si nuestra madre me da licencia, tendré mucho gusto en hacerlo. La dificultad no está en descubrir su habitación, porque la esposa de un oficial superior, debe ser una persona importante aún en Burdeos, sino en que generalmente las grandes señoras se guardan de nosotras, porque siempre nos suponen intenciones hostiles á sus bolsos: con todo, creo poder llegar hasta tu prima; tu esuela me sirve de pasaporte. Pero no te disimularé que encuentro muchas dificultades para lo que deseas. Ante todo, me ha de ser muy difícil á mí, pobre novicia, que nunca puede salir sola á ninguna parte, el ver á tu parienta con bastante frecuencia y franqueza para conquistar su afecto y su confianza. Despues, ¿cómo te figuras que tengo yo tal ascendiente sobre el ánimo de esa jóven mundana, para hacerla renunciar á un género de vida que tanto ama, y al

que es arrastrada por la posicion misma de su marido? Sin embargo, puedes estar segura de que haré cuanto pueda para inclinarla á practicar sus deberes religiosos, que dices ha descuidado desde que se casó: quiera Dios allanar los obstáculos de esta empresa difícil; supliquémosle mucho á su Majestad, querida Carolina, que no nos niegue su divino auxilio.

#### CARTA XI.

Burdeos.

Me presenté por fin en casa de tu prima, querida Carolina, y..... ¿pero qué iba yo á hacer? A contarte imprudente el desenlace de mi aventura, ántes de que supieras el principio; á satisfacer tu curiosidad ántes de haberla excitado al grado conveniente; y en fin, destruir todo el efecto de mi historia por mi deseo de hablar.

Recógete pues, y escucha:

Hasta antier fué cuando mi buena madre me